

FIESTAS QUE OFRECIO LA VILLA DE VALLADOLID A FELIPE II EN EL AÑO DE 1592*

JAVIER CASTAN LANASPA

Valladolid fue a lo largo de su historia escenario de festejos cuya brillantez acompañó siempre a la de los acontecimientos que como capital del reino o villa destacada de la Corona le correspondió vivir. Además de las fiestas del Corpus Christi o las de San Juan Bautista, los nacimientos de miembros de la realeza o las estancias de los monarcas iban acompañadas de procesiones y regocijos destinados a celebrar y realzar tan magnos sucesos¹. Su escenario fue siempre urbano, consagrando a partir de 1561 la plaza mayor como centro de la vida de la ciudad y lugar en el que las actividades políticas, sociales, económicas y festivas tuvieron, y tienen, su marco preferente².

La Iglesia y el Concejo vallisoletanos pusieron siempre el mayor interés en el buen fin de estos festejos, y de ello dan testimonio viajeros y crónicas. El máximo empeño se puso siempre en las visitas reales y así podemos comprobarlo en las celebraciones que tuvieron lugar con motivo del último viaje que el rey Felipe II acompañado del príncipe heredero don Felipe y la infanta Isabel Clara Eugenia, hizo a su villa natal en el verano de 1592. En ese año se habían convocado las Cortes del Reino de Aragón y su Majestad se dirigía a Tarazona para presidirlas. Probablemente por la avanzada edad del monarca el viaje se hizo en etapas muy

* Este trabajo se presentó como comunicación en el Congreso «Historia de una ciudad: Ayer», que se celebró con motivo del IV centenario de la concesión del título de ciudad a Valladolid en octubre de 1996.

¹ Las fiestas que dieron más fama a Valladolid fueron las del Corpus; en ellas se mezclaban elementos religiosos y paganos y eran las más brillantes de todo el año. Vid. J. AGAPITO Y REVILLA, «Las fiestas del Corpus en Valladolid», en *Arquitectura y Urbanismo del Antiguo Valladolid*, Valladolid, 1991, p. 337-355; J.C. BRASAS EGIDO, *La Platería vallisoletana y su difusión*, Valladolid, 1980, p. 95-100. Recoge la bibliografía anterior.

² En ella se asentaban las casas del consistorio, con otros edificios municipales y el convento de San Francisco, hoy desaparecido. Era producto de la reconstrucción y regularización patrocinada por el monarca y emprendida tras el incendio de 1561. Su solar era el espacio más amplio y regularizado de la villa lo que añadió a sus tradicionales funciones mercantiles –mercados semanales y ferias anuales– la de ser el escenario privilegiado y preferido para cualquier tipo de celebraciones tanto festivas como ejemplarizantes –autos de fe–. J. URREA, *Breve Historia de la Plaza Mayor de Valladolid*, Valladolid, 1981. A. REBOLLO MATIAS, «La plaza y mercado mayor» de Valladolid, 1561-1595, Valladolid, 1989.

cortas, lo que le permitió detenerse en muchos lugares de su reino. La salida de Madrid tuvo lugar el 12 de mayo y la llegada a Tarazona el 30 de noviembre³.

La presencia real en Valladolid se prolongó casi dos meses, desde el 27 de junio hasta el 25 de agosto de 1592. Durante este tiempo la villa del Pisuegra, movida tanto por el deseo de agasajar a uno de sus más dilectos hijos como por el de ver restablecida en ella la Corte, obsequió a sus visitantes con una sucesión de fiestas que la obligaron a sacar a censo sus bienes propios y a endeudarse durante años.

Como solía ser habitual la presencia real fue conocida con antelación lo que permitió al Concejo, siempre de acuerdo con el monarca, hacer reparaciones en la villa y preparar las fiestas y actividades que iban a desarrollarse.

Dado que todo el centro urbano acababa de ser reconstruido tras el desastroso incendio de septiembre de 1561 los esfuerzos de los regidores se dirigieron a obras menores, empedrando los caminos de entrada y salida de Valladolid además de los que conducían a Simancas, El Abrojo y Cabezón de Pisuegra⁴. A petición de los monjes jerónimos de Nuestra Señora de Prado y costeados por el municipio, el arquitecto Diego de Praves reparó el puente que permitía el acceso a ese monasterio, situado extramuros. Se construyeron otros puentes de madera en el Prado de la Magdalena y se dispuso también la limpieza de calles y plazas así como la del cauce del Esgueva, utilizado entonces como colector de la población. Como cada vez que llegaba un visitante ilustre, se aderezó y limpió la Puerta del Campo⁵, la más noble de las que daban entrada a la villa. Se allanaron los caminos que llevaban hasta el manantial de Argales y se prepararon los planos de las fuentes para que el rey los viera⁶.

³ Existen varios testimonios de la estancia del monarca en Valladolid, de entre los que citamos los recogidos por J. ALENDA Y MIRA, *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, Madrid, 1903, p. 200-201. El más completo es el texto del cronista y arquero del rey Enrique Cock, titulado *La Jornada de Tarazona*. La descripción de Cock ha sido publicada por J. GARCIA MERCADAL, *Viajes de extranjeros por España y Portugal, desde los tiempos más remotos hasta fines del siglo XVI*, Madrid, 1952, vol. I, p. 1412-1447.

⁴ La reparación de estos caminos secundarios venía obligada por los presumibles desplazamientos que el rey iba a hacer desde Valladolid. La visita a los archivos del reino, a la casa de placer de El Abrojo y al monasterio cisterciense de Santa María de Palazuelos, cerca de Cabezón, fueron sagazmente previstos por el Regimiento. Las reuniones y acuerdos del Consistorio se encuentran recogidos en los correspondientes Libros de Actas Municipales, conservados en el Archivo Municipal de Valladolid.

⁵ Sobre la Puerta del Campo y su papel como lugar de recepción de visitantes ilustres vid. M.^a A. FERNANDEZ DEL HOYO, *Desarrollo urbano y proceso histórico del Campo Grande de Valladolid*, Valladolid, 1981, p. 145-168.

⁶ Además de la reconstrucción de lo consumido por el fuego, Valladolid se hallaba por esos años empeñada en las obras de suministro de agua potable a la población desde el manantial de Argales. Las fuentes de Argales pertenecían al monasterio de San Benito el Real, que en 1587 las puso con ciertas condiciones a disposición de la villa. A partir de esa fecha el propio monarca patrocinó las obras destinadas a canalizar el agua y dotarla de mayor presión a través de un sistema de arquetas cerradas por pequeñas construcciones de piedra diseñadas, como todo el sistema de conducción, por Juan de Herrera. Como el Concejo sabía de la minuciosidad del rey en todos los asuntos en que intervenía decidió disponer las trazas de arcas y fuentes y allanar los caminos que llevaban hasta ellas, cortando los pinos que hubiera menester. Sobre las fuentes de Argales y la conducción del agua a Valladolid vid. J. AGAPITO Y REVILLA, «Los abastecimientos de aguas de Valladolid», en el *BOLETIN DE LA SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES* III (1907), p. 71-74 y 86-89; L. RODRIGUEZ MARTINEZ, *Historia del Monasterio de San Benito el Real de Valladolid*, Valladolid, 1981, p. 183-210; J.J.MARTIN GONZALEZ, «Las arcas reales

Como la real familia iba a alojarse en el palacio de don Francisco de los Cobos se acometieron reformas en él dirigidas por el arquitecto y alarife Pedro de Mazuecos⁷. Se ordenó tener preparada la despensa con ternera, cabrito y tocino, pescado fresco, harina floreada y nieve, trigo y cebada, todo en abundancia y muy bueno. Los fogones se mantendrían con 31 carretadas de leña y 496 arrobas de carbón.

La música era elemento fundamental de ceremonias y celebraciones y por ello se llamó a los ministriles, trompetas y atabales de Salamanca, Zamora, León, Burgos, Toro, Medina del Campo y Palencia, que se unirían a los de Valladolid y a los que acompañaban a su majestad. Todas las villas y lugares de la jurisdicción prepararon sus melodías y danzas típicas y se contrató a una cantante portuguesa para que actuase ante el monarca en la fiesta del río. El afamado autor de comedias Gaspar de Porras, finalmente, se comprometió a venir con su compañía desde Madrid para representar tres autos o comedias en los días que se le señalasen⁸.

El rey llegó a las puertas de Valladolid el sábado 27 de junio por la mañana y se hospedó en una casa de placer que don Bernardino Pimentel, Conde de Pimentel, tenía fuera de la cerca, contigua al convento del Carmen Calzado⁹. A ella fueron a recibirlo «...la yglesia mayor; la Real Chancillería; la Santa Inquisición, el gobierno y el Regimiento; la universidad y el Colegio de Santa Cruz...»¹⁰. A las cinco de la tarde se inició la recepción oficial. El Concejo había previsto una gran enramada para cobijar de los rigores del sol a visitantes y anfitriones, y bajo ella tuvo lugar la ceremonia del besamanos, amenizada por los ministriles de la catedral de Salamanca.

Después de este acto, que duró hasta casi anochecido, la comitiva real entró en la villa por la Puerta del Campo y se dirigió hacia las casas del Marqués de Camarasa haciendo parada en la plaza mayor. El cortejo fue muy nutrido pues a los representantes de las instituciones antes mencionadas se añadieron «...los Grandes y señores de título y caualleros, que eran en grande número, y con muy costosos trajes

de Valladolid», en *BSAA XLVIII* (1982), p. 389-398; M. A. ZALAMA RODRIGUEZ, «Datos sobre el abastecimiento de agua a Valladolid: Felipe II y el proyecto de 1583», *BSAA LX* (1994), p. 353-366.

⁷ J.J. MARTIN GONZALEZ, «Un documento de Pedro de Mazuecos y la estancia de Felipe II en Valladolid en 1592», en *BSAA XXIV* (1958), p. 173-174. Sin embargo la supervisión de parte de las obras corrió a cargo del arquitecto Francisco de Mora, *criado de su Majestad*, quien ordenó construir un conducto de piedra destinado a evacuar las aguas de las cocinas. Lo realizaron 28 obreros durante 7 días, empleando para ello 17 carretadas de piedra y dos libras de plomo. AHPV, Protocolos, leg. 1023, s.fol.

⁸ Lo que sigue ha sido reconstruido a partir de la somera descripción de Cock con las cuentas que se rindieron en 1593 ante los escribanos Juan Fanega y Juan de Salcedo. Tales cuentas se encuentran en el AHPV, Protocolos, leg. 255 (Fanega) y 1023 (Salcedo). Información complementaria a la anterior e igualmente interesante se encuentra en la Sección Histórica del mismo archivo, 21-5, con las cartas de pago de los comisarios organizadores de los festejos.

Gaspar de Porras debía de ser uno de los autores teatrales más afamados de la época. El Concejo ya lo había llamado para que junto con su compañía actuase en las fiestas del Corpus del año 1590 porque «... es de la mejor que se save que al presente anda en el reyno...». Citado por N. ALONSO CORTES, *El Teatro en Valladolid*, Madrid, 1923, vol. I, p. 48.

⁹ M.^a.A. FERNANDEZ DEL HOYO, *Desarrollo urbano...*, op. cit., p. 347-348.

¹⁰ Esta cita y las que siguen referentes al día de la entrada del rey en Valladolid proceden de una carta enviada por un sacerdote inglés a un compatriota exiliado en Flandes. Publicada por J. ALENDA Y MIRA, *Op. Cit.*, p. 200-201.

y vestidos, y de tantas señoras ilustres en ricos coches dorados y descubiertos...». El rey viajaba también en carroza descubierta, con la Infanta, mientras el príncipe lo hacía a caballo «...por dar contento y consuelo a aquel su amado pueblo que tanto había deseado su vista... Los campos calles y ventanas no cabían de gente, y estaba colgado todo con ricos paños...». El Concejo había pregonado además la obligatoriedad de poner esa noche luminarias en todas las casas del recorrido, especialmente en la plaza, donde había de tener lugar la primera de las celebraciones previstas. En las rejas de los pisos bajos se colocaron pares de hachas de cera ardiendo y en las ventanas segundas y terceras candelas, todo ello a costa de los propietarios. En los vanos y corredores del ayuntamiento, que estaba en construcción¹¹, ardían sesenta hacheros de madera pintados por el vallisoletano Santiago de Remesal¹². Desde allí presenciaron los regios huéspedes el desfile de cuadrillas de caballeros enmascarados y ricamente vestidos –*una mascarada o encamisada*– y la suelta de un toro encohetado, con lo que finalizó la primera jornada del monarca en su villa natal.

Durante los dos meses de estancia en Valladolid el rey visitó iglesias y conventos, la Real Chancillería y la universidad, y la villa lo agasajó con lo mejor que pudo.

De todos los actos organizados destacaron especialmente tres festejos en los que el Concejo puso todo su interés y caudales. Se celebraron los días 30 de junio, 11 de julio y 8 de agosto, en tres escenarios distintos¹³. Todos tuvieron en común el anuar juegos de gran aceptación popular –juegos de toros y cañas, justas y luchas sobre el agua, cohetes y fuegos de artificio– con escenificaciones y representaciones de personajes mitológicos o alegóricos que anticipan claramente las grandes fiestas del barroco¹⁴.

¹¹ Las casas nuevas de ayuntamiento fueron pieza clave de la reorganización de la plaza tras el incendio. Las primeras trazas del edificio fueron encargadas a Francisco de Salamanca aunque tras diversos avatares el edificio, iniciado en 1564, se finalizaría con arreglo a un plan de Juan de Herrera en 1605. Dado el interés y control del monarca sobre las obras de reconstrucción de la villa, el 16 de julio se le mostraron las trazas del consistorio, firmadas por el arquitecto de El Escorial. A. REBOLLO MATIAS, *Op.Cit.*, p. 259.

¹² Según Martí y Monsó Remesal era un *pintor de mérito* de la escuela vallisoletana. Casado con Magdalena de Espinosa, tuvo al menos dos hijos Jerónima, que casó con el escultor Francisco Rincón, y Francisco. J. MARTI Y MONSO *Estudios Histórico-Artísticos relativos principalmente a Valladolid*, Valladolid-Madrid, 1901, p. 504. Esteban GARCIA CHICO documentó algunas de sus obras en *Documentos para el estudio del Arte en Castilla*, III, *Pintores*, Valladolid, 1946, vol. I, p. 230-233.

¹³ Los tres fueron descritos por el arquero de Felipe II, aunque de forma incompleta.

¹⁴ Las celebraciones con motivo de festividades religiosas o acontecimientos políticos interesan cada vez más a los historiadores y antropólogos. Fruto de ello es la aparición de una abundante bibliografía que aborda el tema desde puntos de vista muy diversos. Destacamos como punto de partida algunos de los trabajos más significativos o recientes: *LES FETES de la Renaissance*, (Jean Jacquot, ed.), Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, Paris, 1973; Roy STRONG, *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento (1450-1650)*, Madrid, 1988; Antonio BONET CORREA, *Fiesta, poder y arquitectura*, Madrid, 1990; *JEUX, sports et divertissements au Moyen Age at à l'Age Classique*, Actes du XVIème. Congrès National des Sociétés Savantes, Chandéry, 1991; *LA FIESTA. Una Historia cultural desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Madrid, 1993.

Referencias a fiestas desarrolladas en Valladolid o estudios concretos sobre algunas de ellas en Jenaro ALENDA Y MIRA, *Op. cit.*; José DELEITO Y PIÑUELA, *El rey se divierte*, Madrid, 1988; Tomé PINHEIRO DA VEIGA, *Fastiginia. Vida cotidiana en la Corte de Valladolid*, Valladolid, 1989;

El primero tuvo lugar en la plaza de San Pablo, espacio de especial relevancia en la villa puesto que agrupaba uno de los conventos más prestigiosos —el de dominicos de San Pablo—, el colegio de San Gregorio, las casas principales de los Velasco y Rojas, las de los condes de Ribadavia —en las que había nacido Felipe II—, y las del marqués de Camarasa, que serían palacio real desde 1601¹⁵. La fiesta constó de dos partes. Primeramente desfilaron ante el monarca, que se encontraba en las ventanas de palacio, diez cuadrillas compuestas por diez caballeros enmascarados capitaneados por un regidor. Cada cuadrilla se acompañaba de sus correspondientes *invenciones*, carrozas con figuras y personas disfrazadas, músicos y fuegos de artificio. El desfile, según relata Cock, revistió gran brillantez. La segunda parte tuvo lugar en la Corredera de San Pablo, hoy calle de las Angustias, y consistió en la representación de un tema mitológico: la lucha entre Hércules y su compañero Licas a causa de la túnica envenenada por Deyanira. El carácter trágico del enfrentamiento entre el héroe y su mejor amigo, al que culpaba injustamente, se transformó en una representación grotesca entre dos personajes caricaturescos y anacrónicos¹⁶. Sobre un estrado de madera revestido de hojarasca se había plantado la figura de Hércules y en los tejados de las casas de doña Magdalena de Ulloa la de Licas. Ambas estaban realizadas por artistas locales que trabajaron a las órdenes del Concejo durante una buena parte de la estancia del rey: los escultores Francisco de Tapia —citado como *maestro de las figuras*—, Francisco de Palencia y Francisco Rodríguez, además de los pintores Diego Ordóñez, Bautista y *El Francesillo*¹⁷. Dado que las figuras se destinaban al fuego tenían como núcleo un armazón de mimbres y papelón sobre el que se colocaron las vestiduras. Rostros, brazos y piernas se vaciaron en yeso. Hércules llevaba coraza y casco de guadamecí con mascarones de papelón, calzaba escaupines de media vara de largo y lucía antiparras de papelón. Sus atributos mitológicos estaban compuestos por pieles de distintos animales —«un pellejo grande de león, otro de lobo y dos de raposos...»—, maza de madera torneada y perforada para colocar botafuegos y escudo. Licas por su parte llevaba una túnica de holandilla encarnada guarnecida con guadamecí y se armaba con un cañón de hoja de lata. Bajó desde el tejado por una maroma enjabonada y al enfrentarse a Hércules se prendieron los cohetes e ingenios de fuego que ambos portaban¹⁸.

Bartolomé BENNASSAR, *Valladolid en el siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*, Valladolid, 1983; Fernando HUERTA ALCALDE, *El arte vallisoletano en los textos de viajeros*, Valladolid, 1990; M.^a Antonia FERNANDEZ DEL HOYO, «Fiestas en Valladolid a la venida de Felipe IV en 1660», en el *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* LIX (1993), p. 379-392.

Dejo aquí constancia de mi reconocimiento a M.^a Jesús Izquierdo por haberme dado a conocer los documentos de la Sección Histórica del Archivo Histórico de Protocolos y abundante bibliografía sobre el tema.

¹⁵ Jesús URREA, *Arquitectura y nobleza. Casas y palacios de Valladolid*, Valladolid, 1996, p. 161, 137 y 123.

¹⁶ Es precisamente el carácter grotesco de los héroes que ardiéron en la Corredera lo que impide pensar que esta representación tuviera un carácter laudatorio para el rey y su familia, a partir de la tradicional vinculación entre Hércules y la monarquía hispánica.

¹⁷ No hay constancia documental de otras intervenciones de estos artistas.

¹⁸ Frías, maestro cohetero, ayudado por 4 oficiales y sus respectivas mujeres, trabajó con pólvora, papel, cola, azufre y sal todo el tiempo que duró la estancia del monarca para fabricar un total de 7.000

La segunda de las grandes fiestas tuvo lugar el sábado 11 de julio en la plaza mayor. Con motivo de la llegada del rey su solar se había limpiado y cubierto con arena extraída del lecho del Pisuerga. Se cerraron todas sus entradas y en los alrededores se montaron toriles de madera. Con objeto de hacer más cómoda la contemplación del festejo se instalaron además tres tablados forrados de tela verde en la calle Real –hoy de Santiago–, calle del Peso del Concejo –actual de Jesús– y en los soportales de las casas de doña María Sanz, respectivamente¹⁹. El rey y su familia ocuparon las ventanas del ayuntamiento para lo cual fue necesario hacer cerramientos y ornamentaciones provisionales que mejorasen el aspecto de un edificio en obras. Los corredores se cubrieron con angeo y las paredes se doraron y pintaron según trazas del escultor Esteban Jordán. Los marcos de las ventanas se revistieron de angeo y sus antepechos se ornaron con guadamecís rojos y dorados. El conjunto se completaba exteriormente con los hacheros pintados por Remesal.

En la primera parte de la fiesta se corrieron los toros²⁰, tan bravos que según cuenta Cock mataron a algunas personas. Hasta 24 animales se habían adquirido pero es improbable que se corrieran todos el mismo día. A los toros sucedió el juego de cañas, de tanta aceptación popular como los toros. En esta ocasión participaron seis cuadrillas, tres de ellas por parte de la villa que les costeó ricas libreas bordadas y guarnecidas con cintas y borlas de plata y oro falso, así como tocados de fieltro *a la turquesca*. Se vistió también a los trompetas, lacayos y acemileros, se enjaezó a los caballos y se hicieron tres reposteros de damasco y terciopelo con las armas de la villa²¹. Al desfile de rigor siguió la justa, que se prolongó hasta el anochecer²².

Un toro encohetado dió paso a lo que iba a ser lo más espectacular de la noche y que a pesar de lo cuidadoso de su preparación resultó fallido. Se había colocado en el centro de la plaza, suspendido de gruesas maromas, un castillo de mimbres y angeo pintado defendido por figuras que portaban cañones de latón. En sendas casas a ambos lados del ayuntamiento aguardaban dos galeras del mismo material y asi-

cohetes. Los artificios de fuego corrieron a cargo de dos *ingenieros de fuego*, Antonio Vázquez y Juan Cano, vecinos de Medina del Campo.

¹⁹ Toriles y tablados corrieron a cargo de los *Alarifes de la Villa* Pedro de Mazuecos y Pedro del Aro, que se ocuparon en ello con diecisiete oficiales repartidos en dos cuadrillas de trabajo.

²⁰ No faltaban los toros en ningún festejo de villas y ciudades desde la Edad Media. Las suertes con los astados –a pie, sobre caballos...– constituían siempre el eje de celebraciones religiosas y profanas, populares y nobiliarias, lo que pone de manifiesto la aceptación generalizada de las fiestas taurinas y el amplio espectro social de sus participantes. Para las fiestas de toros desde la Edad Media, con especial atención en Valladolid vid. M.^º Jesús IZQUIERDO GARCIA y Marco Antonio MILAN SARMENTERO, *Los Toros en Valladolid en el siglo XVI*, Valladolid, 1996.

²¹ Las telas y guarniciones de las libreas se compraron a Martín Sánchez de Aranzamendi, a quien se debe la construcción y amueblamiento de la iglesia Penitencial de las Angustias. La documentación cita entre otras cosas, raso morado, blanco y pajizo; seda morada, encarnada, blanca y pajiza; terciopelo encarnado, amarillo y morado; tafetán morado, blanco, encarnado y pajizo; blandilla encarnada para los forros; bocacé para los cuellos; oro y plata falsos; tocas vareadas de plata; argentería para los bordadores y cordoneros... AHPV, Sección Histórica, 21-5.

²² Un grabado de Jean de l'Hermitte titulado «Corrida celebrada en Valladolid el día 28 de julio de 1592» reproduce la fiesta de la plaza mayor, con toros y cañas simultáneamente. Pero la fecha es errónea, pues la fiesta fue el día 11 de julio. Publicado por P.L. FERNANDEZ, *España en tiempo de Felipe II*, vol. I, Madrid, 1958, p. 525.

mismo armadas con cañones de latón y suspendidas de maromas. Un dispositivo de poleas y tornos permitía a las naves aproximarse y alejarse del castillo simulando un ataque, mientras se quemaban los cohetes y botafuegos que contenían²³. Sin embargo, al prenderlos se quemaron las maromas y todo el dispositivo cayó al suelo desbaratado.

Después de esto se ofreció al rey y sus hijos una colación compuesta de carne, pan blanco, frutas y dulces de Valencia servidos en fuentes de porcelana y de loza pintada de Talavera, además de vino blanco, aloja –agua con miel– y agua de limones y canela, todo enfriado con nieve. Con ello terminaron los festejos por esa noche.

El día 8 de agosto tuvo lugar la que las crónicas llaman fiesta del río. Para ella fue preciso reparar las *galeras reales*, dos embarcaciones movidas por doce remeros que el Regimiento reservaba para las visitas de los reyes a Valladolid. En esta ocasión se calafatearon y repararon en profundidad rehaciendo balaustradas, puertas, mástiles, remos y fanales. Se colocaron también mascarones de proa y áncoras de hierro y los pintores Francisco y Antonio Martínez, Cosme de Azcutia, Santiago de Remesal y Gabriel de Barreda las doraron y pintaron de azul²⁴. En ellas se desplazaron sus altezas desde el puente mayor –donde se había hecho un embarcadero allanando la fuerte pendiente del Pisuerga para poder acceder en coche–, hasta un gran estrado sobre el río, a la altura de la *Huerta del Almirante*. Como no se disponía de marinos diestros para las naves se contrataron en Santander: Juan de Orena, piloto de la nave real –llamada San Felipe–, Juan del Hoyo, que lo fué de la Bastarda o de las Damas, y los 24 remeros.

Llegados el rey y su familia comenzó la fiesta, que tuvo como protagonistas indiscutibles al agua y los mitos acuáticos. Se había clavado en el lecho del río un gran árbol enjabonado y coronado por una jaula repleta de conejos, palomas y ánades que se ofrecían como premio a quienes pudiesen alcanzarlos. Siguió una justa sobre las aguas en la que intervinieron treinta justadores divididos en dos bandos, conduciendo 30 barcas pintadas de blanco y colorado. Los contendientes vestían morriones y coletos de guadamecí, dorados los de un bando, plateados los del otro, y se armaban con espadas y escudos de madera pintados de colorado y oro los unos, de azul y plata los otros. Se ofreció una recompensa de 10 ducados a quien más justadores derribara.

Una vez retirados los justadores descendieron por las aguas del río cuatro naves, cada una de las cuales portaba una figura realizada en mimbres, papelón, barro y tela por los mismos artistas que hicieron las que se quemaron en la corredera de San Pablo. Esta vez se representó el combate entre el dios Neptuno y una serpiente marina en presencia del dios Glauco y de la personificación del río Pisuerga.

²³ Algo muy parecido pero situando castillo y galeras en el río se hizo en Valladolid en 1660 con motivo de la llegada del rey Felipe IV. Cfrs. M^o. A. FERNANDEZ DEL HOYO, *Fiestas...*, *Op.Cit.*, p. 382.

²⁴ Todos ellos eran artistas locales de cierta relevancia. La escritura de concierto para el dorado y pintura de las galeras reales fue parcialmente publicada por E. GARCIA CHICO, *Op.Cit.*, p. 227-229. Las intervenciones de Santiago de Remesal y Antonio Martínez, IDEM., p. 233-234.

Neptuno iba vestido de bocacá azul y montaba un caballo marino de crines, alas y cola de papelón. La sierpe marina era de mimbres y tela pintada y tenía forma de dragón con grandes orejas de tela y alas de papelón. Por su parte Glauco y Pisuerga vestían camisa, coseletes y capellinas de cuero, y calzaban zapatillas. Pisuerga portaba una olla, trasunto de la fuente que acompaña a las representaciones clásicas de los ríos. Como en el caso de Hércules y Licas el combate se resolvió en la quema de gran cantidad de cohetes y pólvora, hasta el punto de que algunos barcos fueron también pasto de las llamas.

Mientras todo esto sucedía los trompetas y atabales interpretaban sus músicas en barcos que discurrían por las aguas del río y sus altezas degustaban una colación ofrecida por la villa. Los cocineros guisaron carne de ternera, lengua de vaca, pernils de tocino, gallinas, truchas y huevos, aderezándolo con manteca de puerco y vaca, tocino, harina floreada, harina de arroz, vino y vinagre, limones, azafrán, pimienta, canela, frutos secos, almendras y leche. Los postres no fueron menos abundantes. A las frutas del tiempo –cermeños, perillas, albaricoques, guindas y ciruelas de San Juan– se añadieron dulces variados. A las monjas del Corpus Christi y Sancti Spiritus se encargaron canelones de alcorza, canela y guindas, mazapanes con formas de letras y números, naranjas rellenas, rosquillas y pastas doradas, dátiles confitados y pasta de lima, así como tres coronas reales de azúcar. El resto se fue a adquirir a Valencia. Se envió a uno de los regidores con un grupo de hombres para seleccionar y traer a Valladolid todo tipo de dulces: bocados de flor de azahar, confituras y mermeladas, agrio de cidra, jalea de guindas y de membrillo, bocados de azúcar dorado, limones confitados, membrillos en azúcar y dorados, agua almizclada, agua de ángeles, limones y flor de azahar. Ocuparon tres días en envasarlo adecuadamente para su transporte, que se hizo en una caravana que enarbolaba 24 escudos de la villa pintados en lienzo *para que todos supieran de qué se trataba*, según los documentos. Se acortaron jornadas sobornando a los empleados de los pasos aduaneros, que de esta forma no abrieron más que una caja de cada tipo. La expedición llegó a Valladolid el mismo día que el rey²⁵.

Tras la merienda, y cuando ya había anochecido, el monarca y su séquito remontaron el río en las galeras y se retiraron a palacio.

Todavía permanecieron los ilustres visitantes unas semanas más. El día 25 de agosto Valladolid despidió al monarca. Había hipotecado sus bienes propios para convertirse durante dos meses en una fiesta continua. Quedó arruinada, pero no recuperó la capitalidad del reino. Aunque Felipe II le concedió cuatro años después el título de ciudad, tuvo que esperar al reinado de Felipe III para volver a ser, aunque de modo efímero, la sede de la Corte y el gobierno.

²⁵ Conocemos el recorrido de la expedición gracias a las cuentas de los peajes que se pagaron en Requena, Talayuela, Pajazo, Sahelices, Fuentidueña, Arganda, Vaciamadrid, Madrid, Venta de Herreros y Boecillo.